

Raquel Gutiérrez Sebastián y Borja Rodríguez Gutiérrez (eds.). *Individuo y sociedad en la literatura del XIX*. Santander. Tremontorio Ediciones. 2012.

El libro está integrado por cuarenta y cinco trabajos en torno al tema que enuncia el título; muchos de ellos se presentaron y fueron debatidos en el transcurso del Tercer Congreso Internacional que celebró en Santander el Instituto Cántabro de Estudios e Investigaciones Literarias del siglo XIX en noviembre de 2011.

El contenido del volumen se distribuye en varios apartados, que giran sucesivamente en torno a la individualidad romántica, los personajes literarios, la sociedad reflejada en la literatura, y la creatividad autorial. Vienen precedidos por una brevísima y precisa presentación ofrecida por los dos editores, y posteriormente por un “Pórtico” de Leonardo Romero Tobar. Este último analiza la aclimatación hispana de la idea alemana de Volkgeist; se refiere específicamente al ámbito de los estudios literarios y muestra, en un rastreo no limitado a la mera adaptación léxica, la probable vinculación entre todo ello y el naciente hispanismo en el siglo XIX.

El bloque relativo a la expresión de la individualidad romántica reúne trabajos en torno a autores diversos y textos de toda índole: poéticos, dramáticos y narrativos. Varios artículos se dedican específicamente a figuras que la Historia de la Literatura ha situado en los márgenes del canon: el conde de Campo Alange (por María José Alonso Seoane), Augusto Ferrán Forniés (por Jesús Rubio Jiménez); la primera investigadora se refiere a textos descriptivo-narrativos vinculados con las actividades bélicas del autor, mientras el segundo versa sobre dos poemarios poco conocidos. El resto, la mayor parte de los trabajos de este conjunto, desarrolla alguno de los aspectos de la poética o del sentir románticos que los autores más prestigiados despliegan en sus obras: José María Ferri Coll ofrece un debate múltiple sobre la impronta de lo individual y lo colectivo en la poética y la obra de varios autores románticos; Montserrat Ribao Pererira destaca la originalidad de Manuel Bretón de los Herreros en *Vellido Dolfos*, drama que, según la estudiosa, se aleja sutilmente de los dramas románticos previos de carácter histórico; Carlos Miguel Pueyo, a través de la literatura europea y la española, analiza la locura del alma romántica, que se desgaja del entorno mediante sueño e imaginación para forjar un discurso artístico totalizador; y José Luis González Subías explora la angustia existencial expresada en el gran teatro romántico.

El conjunto dedicado a los personajes, a las individualidades de ficción que ofrecen las obras, se dirige a tratar preferentemente de criaturas que habitan los mundos novelescos; sólo José María Fernández Vázquez estudia un drama: *Consuelo*, de Adolfo López de Ayala, para mostrar que las restricciones derivadas del género literario y las relativas al género sexual se refuerzan mutuamente en la construcción dramática de lo femenino. Casi todo el resto de los trabajos se refieren a obras de dos grandes novelistas del grupo realista y naturalista: Benito Pérez Galdós y Emilia Pardo Bazán; con una excepción: Virginia Isla aborda dos novelas prerrealistas, una de Pedro Mata y Fontanet (*El poeta y el banquero*) y otra de Emilio Castelar (*Ernesto*) cuyos protagonistas se han construido a la vista de los rasgos individuales y sociales atribuidos a los poetas por la literatura de costumbrista. En torno a personajes galdosianos trabajan Isabel Castro Zapata, que contempla el habla de Isidora Rufete como componente esencial de su construcción identitaria múltiple y de su desarrollo vital; y Francisco Estévez, que vuelve sobre los peculiares criterios económicos manejados por el gran novelista canario en *Misericordia*. Sobre personajes ideados por Pardo Bazán escriben Rocío Charques Gámez, que reclama atención para *La piedra angular*

y explica que la novelista gallega recogió un tema de moda desde una óptica innovadora; António Apolinário Lourenço, que destaca la relación entre Pardo Bazán y Eça de Queiroz en lo que se refiere al tratamiento del sacerdote enamorado en *Los pazos de Ulloa*; y Dolores Thion Soriano-Mollá, que caracteriza *La sirena negra* como novela de entresiglos en su afirmación de la subjetividad del individuo problemático y sensible. Un trabajo reúne en su punto de vista a Pérez Galdós y Pardo Bazán: el de Montserrat Amores que analiza las “extrañas paternidades” albergadas en *La familia de León Roch* y *Los pazos de Ulloa*.

El apartado relativo a la sociedad reflejada y analizada en la literatura es de los más extensos del libro, y en él merecen más de un estudio el mito de Don Juan y las obras de Pérez Galdós. El mito de don Juan viene contemplado en los trabajos de Carmen Becerra y Begoña Regueiro; la primera revisa la historia del mito con particular atención al cambio en la figura producido en el siglo XIX, en que Don Juan se convierte en un héroe romántico, “triunfador en su derrota”; la segunda vincula el cambio de modelos heroicos que observa entre la primera y la segunda mitad del siglo XIX a modificaciones en las formas de vida y pensamiento: cambios en el sistema económico y social, y alteraciones de los roles de género, entre otros. De Pérez Galdós, Raúl Fernández Sánchez Alarcos presta atención a *Doña Perfecta*, cuyo perfil relaciona con la literatura apologética religiosa del siglo XIX; mientras que Assunta Polizzi analiza el drama *Los condenados* para mostrar cómo encuentran acogida en esta obra las preocupaciones habituales del autor y en qué forma se manejan las fuerzas conflictivas que rigen la relación individuo-sociedad.

En el mismo apartado figuran otros interesantes trabajos: María Ángeles Ayala bucea en la literatura costumbrista para explorar la imagen que allí se ofrece en relación con el trabajo femenino, generalmente “poco cualificado y mal retribuido”; sobre costumbrismo escribe también Enrique Rubio Cremades, que analiza *Los valencianos pintados por sí mismos* como colección pionera en su género; sobre imágenes culturales de la gente rústica trabaja Salvador García Castañeda; la relación entre lo cursi y la modernización interesa a Mónica Fuertes Arboix, que disecciona el texto de *La Gaviota*; Linda Garosi se refiere a una tipología de personajes paralela en las narrativas italiana y española del último tercio del siglo XIX; mientras que Alberto Gómez Ferrer y Ana María Freire llaman nuestra atención sobre la historiografía literaria: aquél aduce la obra de José Joaquín Mora para mostrar que asomó a primeros del siglo XIX en España una visión alternativa y diferenciada de la oficial sobre la historia cultural española, y ésta rescata a Luis Taboada y sostiene que la historia de la literatura española debe ocuparse todavía del costumbrismo periodístico de la segunda mitad del siglo XIX, mal conocido y poco estimado. Así, los estudios ligados a diversos aspectos del costumbrismo literario priman en este bloque del libro, en que la imagen de los colectivos sociales aparece como esencial.

El último conjunto de trabajos contenidos en el volumen gira en torno al autor y el proceso creativo. Es el más extenso y heterogéneo. Varios ensayos de este conjunto destacan la relación de la vida o el pensamiento de un autor particular con el contenido de uno de sus textos: así Ricardo de la Fuente en su aportación sobre Julián del Casal, José Manuel González Herrán en su análisis de *La Tribuna*, Esteban Gutiérrez Díaz Bernardo en la descripción de la exclusión social dibujada por Jacinto Octavio Picón, Raquel Gutiérrez Sebastián en su exploración de la obra de López Soler, y Enrique Miralles en su estudio sobre *María o la hija de un jornalero*. Otros investigadores bucean en la biografía de un autor (Marta Palenque sobre Zorrilla), en sus criterios al

tratar ciertos temas (Maribel Parra sobre Bécquer) o emplear determinados recursos (José Manuel Martín Morán sobre Alarcón), o bien en el proceso genético de un texto (Cristina Patiño Eirín sobre Pardo Bazán). Mención aparte merecen las aportaciones que se refieren a la escritura de mujer o a la peculiar presencia de lo femenino en los textos (Ángeles Ezama sobre la condesa de Vilches, Denise Du Pont sobre Clarín); y aún quedan otras posibilidades, manejadas por Anthony H. Clarke (en torno a la conexión de Pereda con la novela rural europea), Borja Rodríguez Gutiérrez (sobre el concepto de lo costumbrista que esgrimen distintos autores), Ángeles Quesada Novás (acerca del caudal significativo que suman o suprimen las ilustraciones en los impresos), Alba del Pozo (sobre la relación Ciencia/Literatura en Llanas Aguilaniedo) e Isabel Vázquez Fernández, cuyo trabajo comparatista toma como punto de partida la adaptación cinematográfica de *Tristana*.

El volumen, con casi quinientas páginas y más de cuarenta autores, recoge los vectores por los que discurre hoy el empuje de la investigación literaria en torno al siglo XIX: atención preferente a la narrativa y a ciertos autores como Pérez Galdós y Pardo Bazán; rescate de textos periodísticos y de figuras secundarias que completan el panorama cultural del momento; espacio para lo femenino; y especial relevancia del costumbrismo cuando se trata de la dicotomía individuo/sociedad, como en este libro. Sus autores proceden de distintas universidades, españolas y extranjeras; pertenecen a distintas generaciones y diferentes grupos de investigación; y entre todos dibujan un panorama significativo de los estudios actuales sobre literatura decimonónica. El acierto de los editores al reunir y ofrecer estos trabajos es indudable.

CARMEN SERVÉN DÍEZ
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

Amparo de Juan Bolufer. *La voz pública de Valle-Inclán. Documentos (Entrevistas y cartas abiertas de firma conjunta)*. Lugo. Editorial Axac. 2013.

Si la condición intelectual se definía en el primer tercio del siglo XX por la independencia, la oposición al sistema, el espíritu crítico, la lucha contra la desigualdad, en suma, por una actitud ética, se pregunta metódicamente la autora de este libro por la pertinencia de aplicar la etiqueta de intelectual a Valle-Inclán, un autor que apenas cultivó el ensayo de ideas, que no prodigó sus opiniones sobre hechos políticos puntuales en artículos de prensa propios, que no acostumbraba a dar recetas regeneradoras y que –como consecuencia– no suele estar presente en las historias del pensamiento –salvo las significativas excepciones de Dougherty, García Queipo de Llano o Aznar Soler.

Sin embargo, el escritor gallego tuvo una fuerte y singularizada presencia cívica en la España de su tiempo, que legitima su condición de intelectual. Valle Inclán era ante todo un literato que difundía sus textos creativos en periódicos y en libros pero que, a la vez, se forjó muy pronto una imagen contradictoria a través de su «voz pública» en manifiestos colectivos y en declaraciones emitidas en las circunstancias más insospechadas, transcritas a veces con dudosa fidelidad por reporteros que las rehacían de memoria: el eterno problema de la mediación en los textos indirectos difundidos por la prensa –el «dicen que Ramón del Valle-Inclán dijo...»– del que la autora de este libro es muy consciente (pp. 25-26). Por otro lado, su apego a las tertulias y su relación con el teatro alimentaron anécdotas de fácil aceptación que se añadieron a la persis-